

Pregúntale a cualquier jaranero, y te dirá que dos elementos centrales del fandango son la convivencia y la improvisación. Cuando comencé mi proyecto a través del Tinker Field Grant, decidí que dejaría que esos dos principios guíen mi camino. El fandango es una fiesta musical participativa del son jarocho, una música popular del sotavento de Veracruz. En el fandango, la gente se junta alrededor de una tarima donde se baila zapateado, tocando instrumentos de cuerdas (jaranas) y cantando versos sobre el amor, la tierra y la vida. Esta fiesta participativa es un espacio de convivencia a través de música y baile, anclada en una estructura musical que ofrece espacios eternos para la improvisación lírica y musical.

Guiada por esta visión fandanguera, durante el verano me lancé a México, lista para seguir la ruta del fandango—una ruta que prometía partir de la Ciudad de México y llevarme varias partes de Veracruz, incluyendo Chacalapa, Playa Vicente, Santiago Tuxtla, Papantla, y Xalapa, entre otras paradas. Embarqué en este viaje con el plan de recopilar recursos de enseñanza y aprendizaje que se podrían aplicar al desarrollo de clases de son jarocho dentro de la comunidad jaranera en Sacramento, California. Pero desde el inicio de mi viaje, fue necesario canalizar el modo improvisatorio del fandango, pues menos de 24 horas después de llegar a México, me encontré con mi primera complicación: se me descompuso la camioneta que iba a llevar a Chacalapa para las fiestas del patronales de San Juan Bautista, y en la cual me iba a lanzar en todo el recorrido por el Sur. Este contratiempo me forzó a ajustar mi itinerario, y en lo que el mecánico reparaba nuestra camioneta, decidí tomar un camión a Xalapa, aprovechando su cercanía a la Ciudad de México.

Durante mi tiempo en Xalapa, tuve la oportunidad de conectarme con artistas y maestros nuevos, y de reencontrarme con viejos amigos del fandango. Ahí, terminé quedándome enfrente de un centro cultural donde justo esa semana el decimista Kamal González iba a presentar su libro, *Paralelos decimales*, y celebrarlo con un fandango. Ese fandango fue una gran conclusión a una semana de talleres con maestros como Sael Bernal, Arancha Peláez, y Santiago Gutiérrez Reboloso. Entre los talleres y fandango, también tuve la oportunidad de conectarme con la promotora cultural Tere Osorio, quien me ayudó a conseguir varios recursos (libros, discos, cuerdas, guías de acordes) que me traje de vuelta a Sacramento para poder integrarlos a nuestros propios talleres de son jarocho.

Al concluir mi pequeño recorrido por Xalapa, regresé a la Ciudad de México para asistir a un taller intensivo de leona (guitarra grande de bajo) con la maestra Laura Reboloso antes de retomar el camino al Sur. Durante mi semana en la Ciudad de México, también tuve la oportunidad de asistir a unos talleres de jarana con Quique Morán en FragoSon, cuya dinámica comunitaria me recordó mucho a la dinámica que intentamos cultivar en nuestros propios talleres en Sacramento. Asistí también a la presentación del libro *El Gran Zacamandú* por Honorio

Robledo en el Museo Nacional de Culturas Populares. En ese evento, tuve la oportunidad de convivir con grandes artistas, músicos e historiadores como Honorio, Lalo Jaranas, y Álvaro Alcántara. Durante este evento, otra vez me aseguré de conseguir libros que nos podían servir como recursos para nuestro trabajo en Sacramento. En particular, conseguí libros que utilizaremos para desarrollar lecturas participativas para niños en las cuales enseñaremos sobre el medio ambiente y los animales a través de los instrumentos y las canciones del son jarocho.

Por fin, en una curva bastante inesperada, usando el verso que me enseñó mi maestro Patricio Hidalgo, aproveché el fandanguito que concluyó la presentación en el museo, para presentarme—

*Si quieren saber mi nombre  
Y también mi apelativo  
Me llamo Yared Portillo  
Y en Sacramento yo vivo*

—sin saber que en realidad vendría siendo mi verso de despedida. Esos mismo días, una tragedia inesperada me forzó a regresar a casa temprano. Y aunque fue difícil no verlo como el final de un viaje que sentía que aún apenas comenzaba, me recuerda que el fandango es una herramienta a través de la cual vivimos todas nuestras realidades, sean alegres o sean tristes. Sin embargo, el fandango siempre presenta oportunidades inesperadas de convivencia y conocimiento, y a principios de septiembre surgió una breve oportunidad para regresar a México y continuar aprendiendo al lado de algunos maestros y artistas que conocí durante mis viajes del verano.

No cabe duda que estos viajes me permitieron la oportunidad recopilar varios recursos para utilizar en el desarrollo curricular de las clases comunitarias del son jarocho que, a través de mi trabajo doctoral, ayudo a gestionar en Sacramento. En los distintos talleres a los cuales que asistí, trabajé temas de jarana, zapateado, canto y leona. Y lo mágico de estos momentos es que no solo fueron oportunidades de capacitación musical, sino también de capacitación pedagógica. En estos talleres aprendí muchas cosas nuevas en la ejecución de la jarana, la leona, el zapateado y la voz. Pero aún cuando el contenido de los talleres incluía cosas que tal vez ya había aprendido previamente, el aprendizaje no paraba. A través de los varios maestros con quienes aprendí, tuve oportunidades muy importantes de observar varias herramientas pedagógicas dentro de la enseñanza de la jarana. Desde que regresé a mi comunidad fandanguera en Sacramento, he trabajado para incorporar estas herramientas en el diseño de nuestros propios talleres.

Y en fin, de nuevo regreso al estilo convivencial e improvisatorio del fandango, que me asegura que las relaciones que se establecieron durante estos viajes serán solo el principio de lo que seguirá siendo una larga trayectoria de aprendizaje y amistad.